

La dama del lago

Papá solía decirme que una historia hay que contarla de tal forma que consuele tanto al que la cuenta como a los que la escuchan, y recordaba el caso de un rabino paralítico que una tarde, hablando de la afición al baile de su viejo maestro, se levantó de la silla y se puso inesperadamente a bailar. He pensado en esta pequeña fábula, y en la sonrisa melancólica de papá al referírmela, porque, ahora que me dispongo a contaros los hechos inverosímiles que tuvieron lugar en mi vida cuando acababa de cumplir veinticinco años, necesito más que nunca el consuelo que solo ciertas historias son capaces de ofrecer. Si mi historia os sirviera también a vosotros, los que la vais a leer, mi esfuerzo habrá merecido la pena.

Hace ya algunos meses, cuando más apacibles eran mis días, decidí abandonar por un tiempo mi pequeño reino doméstico, junto al bosque de Fontainebleau, para viajar a España. Dos hechos contribuyeron a hacerme tomar una decisión que iba a cambiar mi destino. Acababa entonces de presentar mi tesis doctoral en el Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de París, y mi intención era permanecer ese año de profesora ayudante, iniciando así una carrera académica que había sido una de las ilusiones de mi vida, pues ya desde muy niña había soñado con llegar a parecerme a una de aquellas guapas maestras que escribían en la pizarra con una letra tan mórbida y acariciadora como la expresión de sus ojos y el tono de su voz, pero una maligna discusión con una de las catedráticas de mi departamento acabó con esos planes y me vi de improviso en la calle. Se llamaba madame Lambert y recuerdo la impotencia que sentí esa mañana ante su flagrante injusticia, y lo lamentable que me pareció aquel mundo de favores, dudosos méritos académicos y rancios halagos en que me había movido hasta entonces, con esa ingenuidad tan propia de los primeros años de la juventud. Años en los que uno llega a creer en este lamentable género humano del que todos formamos parte como nunca después volveremos a hacerlo.

No me juzguéis con severidad por lo que digo; supongo que no estaba precisamente en mis mejores momentos, y no me era nada fácil aceptar que los conflictos de aquel sancta sanctorum de la inteligencia que había sido la universidad para mí pudieran llegar a confundirse con los de las tabernas y las alcobas. Traiciones, envidias, abusos de poder, ¿todos los argumentos de los hombres tenían que reducirse a cuestiones así? Decepcionada, decidí pasear hasta la place de Saint-Michel tratando de serenarme un poco. Esa plaza fue el centro de la Comuna de París, y en mayo de 1968 se había convertido en el foco del levantamiento estudiantil. No pude sino rememorar ambos intentos revolucionarios con tristeza, ya que el mundo después de ellos seguía siendo igual de arbitrario e injusto. Solo san Miguel parecía, desde su magnífica fuente, capaz de poner un poco de orden en aquel caos, imponiendo su fuerza a la del dragón, pero esas eran hazañas que no estaban a la altura de nosotros, los mortales, a los que más nos valía aprender a sobrellevar con paciencia nuestras derrotas.

Unos días antes había visitado con Claude el Museo de Cine de Henri Langlois, en la colina de Chaillot, y al revivir la furia ciega de madame Lambert, la directora de mi departamento, no pude sino pensar en el maniquí de la madre de Bates en la película Psicosis, que se guarda en ese museo. Madame Lambert estaba sentada en su despacho, y la luz amarilla del flexo se reflejaba sobre la superficie barnizada de la mesa, llenando su rostro de sombras y oscuros pensamientos. Sí, era el rostro de la madre de Bates: la misma sed de venganza, la misma determinación homicida, la misma fúnebre expectación. Solo le faltó sacar el cuchillo y abalanzarse sobre mí para degollarme. En fin, supongo que estas inesperadas asociaciones son las vías por las que escapamos a los negros humores de la melancolía.

He hablado de Claude y sin duda os estaréis preguntando si era mi amante de entonces. No lo voy a negar, estábamos en París y yo tenía veinticinco años: ¿qué más natural que tener un nido de amor? Claude y yo llevábamos juntos cerca de un año. De él había sido la idea de alquilar una casa junto a los lindes del hermoso bosque de Fontainebleau. Solo con pensar en esa casa y

en ese tiempo me entran ganas de ponerme a llorar. Las copas de los árboles nos rodeaban como las aguas verdes de un lago. No parecía que estuviéramos viviendo en la tierra, sino en la profundidad de ese lago tranquilo, en un mundo de boqueos, delicadas aletas y resbaladizas escamas. El único problema era que Claude era demasiado guapo, con esa belleza un poco frágil, pero despreocupada y jovial, que vuelve locas a las mujeres. No había representante del género femenino que no sintiera al verle el impulso inmediato de protegerle de los peligros del mundo. Y él, claro, no desperdiciaba esa buena disposición. No era la primera vez que habíamos tenido problemas por ese motivo, pero aquella mañana mi estado de ánimo no era de los que nos inclinan precisamente a la defensa de los derechos humanos. La culpa la tenía madame Lambert, que, después de nuestra discusión en la facultad, había hecho de mí una genocida en potencia. Claude era arquitecto y tenía su estudio en la orilla del Sena, junto al jardín Citroën. Fui a contarle mis penas, y le sorprendí en una situación más que comprometida con una joven colega. No entraré en demasiados detalles; digamos que no me gustó lo que vi. Discutimos con violencia y salí de allí dando un portazo. Aquel día amenazaba con convertirse en uno de los más aciagos de la humanidad. Si os digo, por eso, que al cruzar por el Pont Royal pensé seriamente en la posibilidad de subirme a la barandilla y tirarme desde lo alto, supongo que no os extrañaréis demasiado. Pero me faltó valor y terminé paseando por Saint-Germain-des-Prés, que es algo mucho menos novelesco pero infinitamente más apacible. Era una limpia mañana y el barrio estaba precioso de verdad, con sus tenderetes de flores y de frutas, la diversidad de sus paseantes, y su sublime y magnífica indiferencia. Terminé sentada en la terracita de uno de sus numerosos cafés. Hacía solo unas décadas, filósofos, escritores y músicos de jazz solían sentarse en esas mismas terrazas para discutir interminablemente de sus libros y de su música. No tenían mal gusto. Desde allí se veía la misteriosa iglesia donde está enterrado Descartes y la gente se movía a su alrededor como esos bancos de salmones que ascienden por los ríos buscando el lugar donde desovar.

No podía haber en el mundo nadie más desdichada que yo y, sin embargo, cuando casi inmediatamente un hombrecillo pálido, vestido con pantalones de cuadros, se puso a tocar la guitarra junto a un perro callejero que le escuchaba impávido y al que había puesto un sombrero y unas diminutas gafas de sol, supe de pronto que, después de todo, la vida no estaba tan mal. Solo duró unos minutos. Una pareja, junto a mi mesa, se entregaba demasiado ardientemente a sus efusiones amorosas, lo que me trajo el recuerdo de todas las locuras que Claude y yo habíamos estado haciendo sin parar durante el tiempo que llevábamos juntos. Claude era ciertamente un buen truhán, pero no había amante más filantrópico ni más temerario que él y, digan lo que digan, el género preferido de las mujeres en el amor es el fantástico. Vampiros, hombres pez, delicados gorilas, ardientes enmascarados, esa es la fauna que todas esperamos encontrar al irnos a la cama. «¿Qué me harás por las noches?», esa pregunta de la ratita del cuento es la gran pregunta del amor. Y te bastaba con mirar un momento a Claude, y verle sonreír como solo él sabía hacerlo, para sentir que su respuesta a aquella pregunta tan particular no era precisamente de las que se puedan echar en saco roto.

Algo así debía de pasar con el muchacho de la terraza, que rodeaba a su compañera de tal cúmulo de delicadezas y otras sublimes urbanidades que la pobre estaba literalmente a punto de derretirse de amor. Recordé un artículo que había leído unos días atrás, afirmando que todo era una cuestión de química. Feromonas que inundaban nuestra sangre entregándonos a ese sentimiento excelso del enamoramiento, que no era sino el truco más perverso y sutil de la naturaleza para ejercer una vez más la ceremonia del apareamiento y de la procreación. Pero ni siquiera esta inyección de prosa científica logró tranquilizarme y, poco a poco, la melancolía hizo presa en mí de tal manera que muy pronto apenas podía con mis propios zapatos.

En casos así suelo recurrir a la compañía siempre estimulante de mi amiga Claire. Nadie sabe consolar como ella. Me adoptó durante aquellos tres días en que no paré de llorar. Al principio lloraba con la furia de los temporales, y hasta llegué a tener miedo de que mis lágrimas fueran a inundar la preciosa casa de mi amiga y a llevarse sus muebles y objetos por la ventana, como sucede en los desbordamientos de los ríos, pero luego el torrente empezó a amansarse. Dicen que es bueno llorar, pero a mí me parece lamentable. Tus párpados se enrojecen e hinchan, y tu cara en el espejo recuerda la de esos pobres ahogados que en las inundaciones son rescatados del fondo de las aguas. Y lo peor es cuando el agua vuelve a replegarse a su cauce y tienes que

ocuparte de ese mundo de despojos y fango que suele dejar atrás. Estaba poniendo un poco de orden en tal desbarajuste cuando anunciaron en la pequeña Salle Gaveau, que es mi teatro preferido en París, Viaje de invierno de Schubert. Claire trató de desaconsejarme que fuera, por pensar que una obra tan triste no era en aquellos momentos lo más adecuado para mí, pero todo fue inútil. La obligué a acompañarme y me lo tuvo que agradecer. Fue una de esas tardes que dejan huella. El barítono poseía una hermosa voz, de la que se sirvió con esa natural sencillez con que Schubert quería que se cantaran sus composiciones, y los versos de Wilhelm Müller invadieron la sala con su mensaje de desoladora tristeza, dejándonos tan conmovidos que, al terminar, nos quedamos todos en silencio, dudando si los aplausos eran la reacción adecuada para un momento como aquel. Fue un instante emocionante que a punto estuvo de arrancarnos las lágrimas. «Lieder del espanto», así llamó el propio Schubert a este ciclo de canciones en que se habla de lágrimas heladas y de un viaje ardiente que sin embargo conduce a la perdición.

Esta obra era la preferida de papá. La escuchaba a todas horas, y a mí me encantaba sentarme a su lado y acurrucarme contra su pecho. Puede que no sea la música más apropiada para una niña, pero a mí me gustaba estar allí, mientras papá la escuchaba, muchas veces con los ojos cerrados, porque entonces era como si dejara abierta una puerta, una puerta por donde podía entrar en aquel mundo de los mayores tan inaccesible para mí. Supongo que es lo que desean hacer todos los niños, que siempre están unidos a sus padres por ese sentimiento delicado y oscuro en el que ya se encuentran implícitos todos los secretos de su futura condición adulta. Mi madre había muerto cuando yo apenas tenía ocho años, y nunca tuve otra familia que él. Recuerdo que desde muy pequeña me gustaba asumir el papel de pequeña esposa, y que papá aceptaba el juego complacido. Éramos felices así, aunque nos pasáramos la mayor parte del día separados. Papá trabajaba en los ferrocarriles franceses, y durante un tiempo tuvo servicios nocturnos que le impedían regresar a casa a una hora prudente. Fue en esa época cuando se me declaró el asma. Me despertaba en la noche sin poder respirar, y si él no estaba a mi lado mi angustia podía ser tan intensa que llegaba a arrojarme a la calle en busca de ayuda. Esos ataques, que desaparecieron casi totalmente cuando crecí, se volvieron a reproducir misteriosamente en los meses que siguieron a su muerte, y con un grado de angustia que en nada desmerecía del que me había torturado en mi infancia. Claude, mi novio, solía decirme que tenían que ver con la ausencia de papá y que eran mi forma particular de no aceptar su carácter definitivo, mi particular viaje de invierno, un canto oscuro y ardiente con el que trataba de fundir el hielo que me había dejado su muerte. Puede que tuviera razón. Y, de hecho, más de una vez me sorprendí sintiendo en el momento de mayor angustia algo semejante a un extraño impulso, la posibilidad de que esa respiración dolorida pudiera dar paso a una forma desconocida de canto que tuviera que ver con el tiempo en que estábamos juntos. Algo parecido a lo que debe de pasarles a los cantantes cuando en pleno concierto tienen que encontrar en su interior las fuerzas que necesitan para seguir actuando y la razón escondida que les permita hacerlo. De modo que Claude no andaba descaminado a la hora de juzgar el origen de mis males. Claude solía tener razón en casi todo lo que decía, y yo raras veces se lo discutía, pues me encanta descubrir que la equivocada soy yo, que es algo que mi amiga Claire me reprocha como mi más grave defecto. «Un exceso de delicadeza —suele decirme— puede impedirte vivir.» En fin, no creo que llegue a tanto, pero tal vez el chiste que mejor me refleje sea el chiste del gordo. Un hombre muy gordo se encuentra con un viejo amigo, al que hace mucho tiempo que no ve. «Pero ¿cómo te has puesto tan gordo?», exclama este sin poder contener su asombro. «Por no discutir», le contesta el gordo con mansedumbre. «Qué tontería —le replica el amigo—, ¿cómo va a ser por eso?» «Bueno, pues no será por eso.» Ningún personaje me refleja mejor que ese gordo encantador, que es mi verdadera alma gemela en el mundo. Es más, me basta con que alguien me presione un poquito para que sienta al instante unas irreprimibles ganas de concedérselo todo. Y, como es lógico, a Claude se lo concedía más encantada que a nadie, pues en ese tiempo era mi único y absorbente amor. Y creo que él también me amaba con la misma fuerza, aunque, como es lógico, fueran amores distintos. De hecho, cuando supo que estaba refugiada en casa de Claire, empezó a llamarme a todas horas. Yo no quería ponerme al teléfono y él hablaba interminablemente con Claire, sabiendo que luego me lo contaría a mí. Para todo tenía respuesta. Se había enterado de mis problemas en la facultad y estaba hablando con un profesor amigo suyo para ver si podíamos hacer algo; aquella bruja no se iba a salir tan

fácilmente con la suya. Respecto a lo que había visto en el estudio, todo era un lamentable error. Entre aquella mujer y él solo había una relación profesional, y quería que le diera la oportunidad de poder explicármelo en persona. No era tonto, y sabía que en una conversación cara a cara habría podido convencerme hasta de que lo mejor que podía hacer para la salvación de mi alma era meterme en un convento, como Hamlet había querido hacer con Ofelia. Luego, mentaba nuestra casa del bosque. No era la misma sin mí, y se pasaba las horas muertas esperando que regresara. «Creo —le decía a Claire el muy coplero— que hasta las ardillas la echan de menos.» Esas cosas eran las que acababan conmigo. Claude era muy listo, y sabía que le bastaba con mentar esa casa, y nuestra vida juntos, para que todas mis resistencias saltaran por los aires. Nuestra pequeña casa, con sus arbustos de adelfas y glicinias, y aquel pueblo de ardillas completamente locas a su alrededor. La cocina tenía una gran ventana, y solo tenía que dejarla abierta para que las ardillas se aventuraran a coger las nueces que les dejaba en el fogón. Claude tenía la teoría de que no era tanto que necesitaran aquella comida, que allí abundaba todo el año, como que les gustaba robar.

—Entonces son como tú —le replicaba yo, cuando volvía a tenerle como un moscón a mi alrededor tratando de aprovecharse de cualquier descuido.

Ya lo veis, no éramos distintos a las otras parejas jóvenes del mundo, y gran parte del día nos lo pasábamos retozando y haciendo el payaso por dondequiera que fuéramos. Eso es el amor, sentirte mirado por las cosas. Claude sabía muy bien que le bastaba con recordar nuestra vida selvática, como nos gustaba llamarla, para que me pusiera a seguirle como una alucinada, en busca de mi ración de cielo. Pero allí estaba Claire para defenderme. Claire es como Juana de Arco, oye voces que siempre hablan de los peligros de dejarse llevar por las promesas de los hombres.

—Son como los zánganos —decía—. Un mundo de serviciales obreras y de celdas rebosantes de miel, ese es su único sueño.

No digo que le faltara razón, pero quién podía resistirse a ellos, sobre todo cuando estaban locos por tí. Nunca he podido resistirme a los locos. Los cantantes, por ejemplo, están locos. Rozan con su música las más altas esferas, y sin embargo prefieren quedarse en el mundo, haciendo el ridículo en los escenarios. ¿Hay algo más maravilloso que esto? No creo que Claire pensara de otra forma, pero, en su opinión, a los hombres no había que facilitarles las cosas si no queríamos terminar haciéndoles de criadas. «Una cosa es que nos baste ver un pantalón para perder el juicio —solía decir— y otra ir proclamándolo por todas las esquinas.» Fue ella la que tuvo la idea de que me fuera unos días a España.

—Puedes ir a ese pueblo de Burgos, el de la dama del lago. A los hombres no conviene darles la razón con demasiada facilidad, ni siquiera en las raras ocasiones en que puedan llegar a tenerla.

Y añadió, mientras todos los botones de su vestido reflejaban la luz del sol:

—Se creen los Señores de la Lógica.

No me gustó que insinuara que la equivocada en el asunto del estudio de arquitectura podía ser yo, y me di cuenta de que las largas conversaciones telefónicas con Claude empezaban a erosionar su confianza en mí, pero la idea del viaje no me pareció mal. Entre otras cosas, porque llevaba rondando en mi cabeza desde que dos meses antes, al revolver entre los papeles de papá, había encontrado la fotografía de la dama a la que se refería Claire. Era muy hermosa, y se apoyaba con estudiada coquetería en un coche. La puerta estaba entreabierta, y ella parecía decirle al fotógrafo que se diera prisa pues tenía muchas cosas que hacer. Fue Claire quien, días después del hallazgo, reparó en algo que lo cambió todo. Le enseñé la fotografía y Claire descubrió que lo que aquella joven tan guapa llevaba al cuello era mi medalla.

—¡Esto es increíble! —exclamó—: es tu medalla.

Fuimos a buscar una lupa y no había ninguna duda. Papá me había regalado esa medalla cuando cumplí once años, y desde entonces no me la había quitado. Era de plata y su forma era levemente irregular, pues había sido tallada a mano. Tenía el rostro de una Virgen de expresión alegre y confiada, como si pensara que todo estaba permitido con tal de que fuera por amor. Yo no soy católica, pero durante mi infancia llegué a pensar que bastaba con pedirle algo que desearas de verdad para que te lo concediera. Era mi primer regalo de mujer, y recuerdo el orgullo con que en esos primeros días la llevaba por la calle y cómo me parecía que todos los que se cruzaban conmigo se daban cuenta y me envidiaban por ello. Eso significaba aquella

medalla, que ahora me tocaba hacer míos los sueños y anhelos de todas las mujeres del mundo, y responder a la pregunta de lo que querían al vivir. Era eso lo que había hecho sin duda la hermosa muchacha de la fotografía. El que ahora yo llevara su medalla no podía significar sino que me tocaba sustituirla en esa tarea.

Pero ¿quién era?, ¿qué había pasado entre ellos, y por qué papá nunca había querido contármelo? Aún más, ¿por qué había preparado con tanto cuidado aquel último golpe de efecto, que consistía en dejar a su muerte la fotografía donde sabía que a la fuerza la vería?

—Anda, no te hagas la boba —solía decirme Claire—. ¿Para qué iba a hacerlo sino para asegurarse de que la ibas a encontrar?

Y eso pasó. Me senté a su mesa al regresar del cementerio y fue lo primero que vi. Un sobre y un libro, una vieja edición de la Divina Comedia, con una marca entre sus páginas. Uno de sus versos estaba subrayado: Fuimos los tristes en el aire dulce que del sol se alegra. El sobre contenía una fotografía donde una muchacha ciertamente hermosa, apoyada en un coche, miraba encendida de amor a la cámara, y un pequeño papel con un nombre de mujer —Julia Ballester— y un número de teléfono. Empecé a obsesionarme con la fotografía y me pasaba las horas muertas mirándola. Aquella muchacha llegó a parecerme la más bonita de la tierra. Tenía en la mirada ese extraño hechizo que le hace a uno estremecerse y en ninguna otra parecía existir aquel candor, el sentimiento de una vida que se ofrecía sin avisar, como una melodía que se escucha a través de puertas que se abren y cierran. Una muchacha que en el momento de hacerse esa fotografía debía de tener pocos años menos que yo cuando la miraba, y con la que me descubrí compartiendo el amor de papá, pues tanto la dedicatoria de la fotografía, como el que papá la hubiera guardado durante tanto tiempo, no dejaba ninguna duda acerca de que se habían amado. A Andrés, mi dulce caballero del lago. Con todo mi amor. Gloria. Andrés Ugalde, así se llamaba papá. Un hombre dulce y callado que, en el momento de su muerte, por alguna razón que me era desconocida, había querido unirnos a las dos.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —acerté a balbucear.

—Eso es cosa tuya —me contestó Claire, mientras una nube de perfume se extendía sobre la mesa—. Yo iría a España y trataría de descubrir quién es.

Y añadió sin transición:

—No te olvides de que te dejó la foto para eso.

La fotografía estaba fechada en su reverso, Las Moradas. 28 de marzo de 1943, lo que unido a aquel enigmático número de teléfono me proporcionaba al menos un punto de arranque para mi investigación. Días antes Claire y yo habíamos estado consultando un mapa y habíamos descubierto que Las Moradas es un pueblecito de la montaña burgalesa.

De momento no hice caso a Claire, en gran parte porque pensé que hacer aquel viaje sería como traicionar la memoria de mi madre. Pero poco a poco la misteriosa presencia en el cuello de la medalla de la dama del lago, como la llamaba Claire, porque en el fondo de la fotografía se recortaban las aguas de un lago, empezó a obsesionarme. Me preguntaba cuál podía ser la razón de que papá, cuando cumplí once años, me hubiera regalado aquella medalla, y pensaba en todos los años que la había llevado sin darme cuenta de que era la llave que me permitiría abrir las puertas de un tiempo que me era desconocido. ¿Qué significaba además aquel melancólico verso, y quién era la mujer cuyo nombre y teléfono papá había dejado anotado en el papel?

De forma que cuando, por insistencia de Claire, me decidí finalmente a viajar a España, no me lo pensé dos veces y marqué aquel teléfono. Tuve suerte porque me respondió Julia Ballester en persona. Le dije de quién era hija y que, aprovechando un viaje a España que tenía pensado hacer, quería hablar con ella, aunque no llegué a explicarle el motivo ni a mencionar la existencia de la fotografía. Tampoco ella me lo pidió. El teléfono era de Barcelona, pero Julia Ballester me habló de su intención de ir a Burgos la semana siguiente, así que quedamos en vernos para entonces. Me dio el teléfono de su domicilio burgalés para que la llamara, y enseguida añadió: «Si va a Las Moradas alójese en El Erizo Azul. Diga que va de mi parte». Le agradecí la información pero luego, al colgar, me di cuenta de que yo no había mencionado aquel pueblo, ni mi deseo de visitarlo, y que se había comportado como si mi llamada no solo no le hubiera extrañado en absoluto, sino como si la estuviera esperando desde hacía tiempo.

Todo aquello era muy raro y dos días después tomé el tren que debía llevarme a Madrid. Lo hice furtivamente, sin decirle nada a Claude, cuyo acoso a la casa de mi amiga se había hecho casi

insoportable en los últimos días. Me parecía que no estaba mal que también a él le tocara sufrir un poco. El viaje duraba toda la noche y coincidí en mi compartimento con unas americanas muy divertidas que me hicieron olvidar por un tiempo mis tristes pensamientos. El revisor, que era joven y guapo, se pasaba cada poco por el compartimento para ver si queríamos algo, y ellas revoloteaban a su alrededor como mariposas. Era español, uno de esos morenos típicos del sur, que siempre parecen venir de las vendimias, oliendo a mosto y a plantas aromáticas. Las americanas le miraban como diciéndole: «Si quieres besarnos en algún momento de la noche no tienes más que hacérselo saber». Nos dijo su nombre y nos preguntó por los nuestros. Darse los nombres es como cambiar monedas. El revisor se llamaba José, y las americanas Daisy, Claudia y Katherine. Cuando me preguntaron el mío me encogí de hombros y les dije, con el pensamiento puesto en la foto de la dama misteriosa:

—Eso me gustaría a mí, saber cómo me llamo.